

SESSION 2013

---

**CAPLP  
CONCOURS EXTERNE  
ET CAFEP**

**Section : LANGUES VIVANTES – LETTRES  
ESPAGNOL - LETTRES**

**ESPAGNOL**

Durée : 5 heures

---

*L'usage de tout ouvrage de référence, de tout dictionnaire et de tout matériel électronique (y compris la calculatrice) est rigoureusement interdit.*

*Dans le cas où un(e) candidat(e) repère ce qui lui semble être une erreur d'énoncé, il (elle) le signale très lisiblement sur sa copie, propose la correction et poursuit l'épreuve en conséquence.*

*De même, si cela vous conduit à formuler une ou plusieurs hypothèses, il vous est demandé de la (ou les) mentionner explicitement.*

**NB : La copie que vous rendrez ne devra, conformément au principe d'anonymat, comporter aucun signe distinctif, tel que nom, signature, origine, etc. Si le travail qui vous est demandé comporte notamment la rédaction d'un projet ou d'une note, vous devrez impérativement vous abstenir de signer ou de l'identifier.**

**Tournez la page S.V.P.**

## COMMENTAIRE GUIDE EN LANGUE ETRANGERE

(...) La primera visita fue a uno de los directores de la fábrica, un domingo por la tarde, en el mismo pueblo. Después a Vic, a un fabricante de chocolates (...). Vivía en un chalet de las afueras, en mitad de un jardín que parecía trazado con tiralíneas, y con las ventanas de cristales de colores como una casita de cuento de hadas. No pasamos de la entrada. La señora  
5 rubia y sonriente, que a mí me pareció de otro mundo, nos recibió en el vestíbulo y no nos ofreció ni una silla para sentarnos. La visita debía de ser muy inconveniente porque incluso una criatura como yo me daba cuenta de que aquel trato era denigrante. Por el aire de la mansión yo olía un aroma de chocolate delicadísimo que cosquilleaba dulcemente el cerebro y me producía un mareo azucarado. Era como si detrás de todas las puertas se ocultara una  
10 pastelería llena de golosinas. Mi madre, no obstante, insistía con su cantinela de «no ha hecho nada», «es un buen hombre, incapaz de matar a una mosca», «los tenderos le quieren mal, no le perdonan la competencia que les hizo, ni que entrara en el ayuntamiento con aquellos atolondrados con la cabeza revuelta por la política»... y frases parecidas. De vez en cuando bajaba los ojos y me miraba y después, como si en aquel momento acabara de darse cuenta  
15 de que yo tenía una mancha en la mejilla o un siete en los pantalones, me limpiaba la cara con la mano o me estiraba los faldones de la camisa para meterlos sin arrugas por la cintura. Entonces se lamentaba «el niño, pobre, no tiene culpa de nada», «yo no sé si sabré actuar de padre y de madre», «una criatura necesita un padre al lado para subir recto»..., para acabar mendigando «un certificado», «una gestión», «ustedes que tienen  
20 influencia y las autoridades les hacen caso en todo y por todo...».

Así nos arrastramos por un par de casas más, la de los propietarios de La Tora (...), y la de un sacerdote anciano que vivía en un asilo y que nos había recomendado el vicario del pueblo, el director de la escuela parroquial a la que yo asistía y que se había apiadado de mi madre. El asilo donde vivía aquel clérigo esquelético, con los pasillos amplios y fríos,  
25 inmensos, y los bancos de madera y las monjas malcaradas, me pareció tan siniestro como la cárcel. Llegamos a bajar un domingo a Barcelona para visitar a un abogado que nos había aconsejado el superior de los camilos. Llevábamos una carta de recomendación del padre Tafalla y a pesar de ser un día festivo, el hombre nos recibió en su casa y resultó el más amable de todos. Mientras él hablaba con mi madre en su despacho, a mí me hizo pasar a una  
30 cocina blanca y luminosa donde una criada vieja y risueña me preparó un buen desayuno como no había probado nunca, leche, galletas, tostadas, jamón serrano y dulce, mermelada, manteca y chocolate... Al despedirnos, mi madre parecía animada y yo, que me había fijado en los retratos del Generalísimo y los del abogado vestido de soldado junto a otros compañeros, con armas en la mano, pensé que por fin habíamos ido a llamar a la puerta que nos convenía: la de los  
35 vencedores de verdad. El nido del poder. Yo entendía, a mi manera difusa y lejana, que en nuestra condición asumida de perdedores, el mejor modo de sobrevivir era guardar las convicciones propias e incluso toda la dignidad personal y arrodillarse de buen grado a lamer las botas de los amos. Ellos, los vencedores, no esperaban que los pobres y los vencidos nos consideráramos como ellos, la única cosa que nos pedían era que les respetáramos y les obedeciéramos. ¿Por qué vestían de manera distinta, si no era para indicar a las claras que querían ser vistos y tratados de manera diferente? ¿Tan difícil era de entender eso? ¿Por qué llevaban camisas azules, sotanas negras o uniformes de color tabaco, si no era para distinguirse del resto de los mortales? Las mujeres de la fábrica y los mecánicos del taller  
45 también llevaban una especie de uniformes, las batas y los monos, sucios y grasientos, ropa de trabajo, sin ningún rigor ni uniformidad, como el carro de la basura se distinguía de las tartanas y los coches de los señores, y los uniformes de los vencedores no eran ropas de trabajo, eran trajes de lucimiento, de desfile, de exhibición, de imposición, un galardón más en la lista de méritos de los primeros de la sociedad. Hasta una criatura como yo podía entender esas cosas y por eso mismo estaba de acuerdo con mi madre, con aquella nueva piel de oveja  
50 mansa y beata que se había puesto encima, y si tenía algún reparo en su actuación era que no necesitaba rebajarse tanto —y sobre todo me obligaba a hacer a mí— para demostrar la

aceptación del nuevo orden de cosas. Bastaba que ellos, los victoriosos, supieran que admitíamos su victoria, su poder, su reinado. Que no discutíamos ninguno de sus méritos ni sus dogmas. (...) No era necesario caer tan bajo, dos o tres grados por debajo de la normalidad, como hacía ella, para demostrar que no teníamos nada que oponer a su autoridad y aceptábamos su poder con la boca cerrada. Me parecía que la autoinmolación de mi madre, que ante los poderosos a veces llegaba a la abyección, no gustaba a los potentados, a los apoderados, a los ricos, y les hacía sentirse incómodos porque lo que ellos deseaban eran gozar de sus privilegios no como una excepción sino como una cosa normal, como si los hubieran obtenido sin aplastar a nadie, y el comportamiento sumiso de mi madre les recordaba la actitud de las víctimas, los sufrimientos causados para subir tan arriba como ahora estaban. Siempre me dio la impresión de que sus súplicas les parecían falsas, producidas más por la pasión que sentía por el marido que por el convencimiento de su inocencia. Y ese otro detalle añadía leña a la repugnancia que sentía por su conducta, ella que tanto criticaba el «hacerse ver», que odiaba tanto el «significarse», que nada nos recomendaba tanto a mi padre y a mí como que «no destacáramos en nada», ¿cómo era que olvidaba sus principios y mostraba sin asomo de vergüenza la pasión, la locura, la sed de amor que sentía por aquel hombre, por mi padre? Sólo una ceguera y una obsesión enfermiza por su hombre, como una fiebre alta que incubaba el paciente sin ni siquiera advertir los síntomas, podía haberle sorbido el seso de aquel modo. Y así, sin darme cuenta, su exceso de amor me contagió un rechazo hacia cualquier sentimiento e incluso un miedo por los apegos emotivos y vibrantes hacia otra persona. Aprendí una lección para huir de cualquier compromiso sentimental: a más amor, más peligros de todo tipo. No te acerques y no te quemarás. El amor quema. El amor consume. El amor mata.

**Emili TEIXIDOR**, *Pan negro*, Seix Barral, Barcelona 2011, p. 132 -136.

- 1) La elección de un narrador-niño permite proponer al lector una visión social peculiar. Justifíquelo a partir del texto.
- 2) Precise los motivos y estudie los procedimientos de la escenificación llevada a cabo por el personaje de la madre.
- 3) Analice la evolución de los sentimientos del narrador para con su madre y sus consecuencias.

## VERSION

### Transbordo en Lisboa.

*Este es el relato de un hecho real.*

Su agotamiento también lo era. Nueve horas y media en clase turista desde Río de Janeiro y los pies hinchados, los tobillos dilatados, las rodillas anquilosadas por el vano esfuerzo de intentar cambiar de postura, pero lo peor había pasado ya. Eso le dijo a su marido, un hombre agotado que tampoco era joven, ni delgado, ni flexible. Sí, él estuvo de acuerdo mientras bajaba del maletero las bolsas con los regalos para los hijos, para los nietos, y las cremas que se había comprado su mujer. Ahora, dos horitas de transbordo, otro avión, y a casa... (...)

Desperdiciaron bastante en asegurarse que no llevaban encima nada sospechoso, lo colocaron todo disciplinadamente en las bandejas, avanzaron seguros de sí mismos, de su inocencia, hasta el control, y lo pasaron sin contratiempos antes de que las bolsas con los regalos salieran del escáner. Entonces, la cinta avanzó, retrocedió, volvió a avanzar, y uno de los guardias de seguridad levantó una bolsa del Duty Free de Río antes de hacer una pregunta que ella entendió, aunque no la entendiera.

La chica que les atendió hablaba español. ¿Esto es suyo? Sí es mío, lo he comprado en Brasil, antes de embarcar, y... Ya, ya, pero no puede pasar. ¿Que no puede pasar? Se puso blanca, se volvió hacia su marido, tardó un instante en reaccionar. Pero... ¿No ve que está cerrada? La han cerrado allí mismo, en la tienda, mire, este es el tique, es de hoy mismo, bueno, de ayer, del aeropuerto, y está cerrada, yo no la he abierto, no sé... La chica miró el tique, negó con la cabeza, se sacó unas tijeras del bolsillo, rompió la bolsa y dejó caer varios frascos de colonia y dos cajas más grandes, de cosméticos, que dejó a un lado. Esto, sentenció, empujando las colonias en su dirección, puede llevarlo porque tiene 100 mililitros, pero esto, y empujó las cremas hacia el otro lado, es más grande y no puede pasarlo. Pero, vamos a ver, su marido acudió en su auxilio, la bolsa estaba precintada, es un convenio internacional, en todas las tiendas del mundo te dicen que puedes comprar, que no pasa nada y nosotros acabamos de bajar de un avión, no hemos salido a la calle, ni siquiera nos habría dado tiempo, fijese qué hora es... Hablaba en un tono muy cortés, intentando razonar, convencer a aquella mujer mientras la suya miraba a su alrededor como si estuviera perdida en la hostilidad de un espacio inmenso. No, señor, respondía ella, esto vale en Europa, fuera de Europa no. ¿Y por qué?, preguntó él, es que los brasileños siguen siendo salvajes, no les parecen de fiar o... No, señor, no puede pasar. Pero contésteme, explíqueme por qué, es que no lo entiendo... No puede pasar, señor... La guardia repetía la misma frase como si le hubieran dado cuerda, impermeable a las razones de su interlocutor. Si no me lo explica, alegó él al final, voy a pensar que se lo quiere quedar para usted... ¿Yo? Ella, unos treinta años, flaca, con buen tipo, se echó a reír, levantó una crema anticelulítica en la mano, señaló con la cabeza a su víctima y, mira por dónde, se ganó un artículo de otra pasajera que contemplaba la escena en silencio, desde la mitad de la escalera. Por favor, señor, míreme, proclamó, muy ufana, yo no lo necesito...

**ALMUDENA GRANDES - 09/10/2011 – El País.**